

Hermanas y hermanos en Cristo:

Es muy grato para mí compartir este encuentro. Agradezco la invitación de la Federación de Familias de Schoenstatt. El tema propuesto me permite compartir con ustedes las opciones y prioridades pastorales de la Iglesia en el Paraguay y que son impulsadas por la Conferencia Episcopal Paraguaya.

Así también, expreso mi gratitud por el ofrecimiento de contribución de las familias de Schoenstatt, desde su espiritualidad y carisma específicos, con los proyectos que, como pastores, hemos establecido para la Iglesia en Paraguay, en comunión con las propuestas del Papa Francisco para la Iglesia Universal.

1. Introducción

En el año 2007, coincidente y en sintonía con la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, realizada en Aparecida, Brasil, los obispos del Paraguay hemos establecido 5 Líneas Comunes de Acción Pastoral para la Iglesia en el Paraguay.

Estas 5 líneas comunes surgieron a partir de una consulta que se hizo a todo el Pueblo de Dios y que denominamos “Habla Señor, que tu Iglesia escucha.” Las cinco líneas son: Iglesia Comunión; Testimonio y Santidad de vida; la Evangelización; Formación actualizada y permanente; los Jóvenes y las Familias.

El objetivo de los diversos trienios como: comunión eclesial, familia, juventud, entre otros, fue impulsar la concreción de estas líneas comunes en comunión con las diversas propuestas de la Iglesia, tanto del ámbito continental como Universal.

Sobre todo, en los últimos 15 años se ha procurado profundizar en las orientaciones del Documento de Aparecida, en el contexto de la Misión Continental Permanente.

En los 10 años de Pontificado el Papa Francisco, hemos acogido sus enseñanzas contenidas en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, en la que el Santo Padre retoma las propuestas del Concilio

Vaticano II y del Documento de Aparecida, que es una expresión para concretar las orientaciones del Concilio para América Latina y el Caribe, pero que, se expande a toda la Iglesia Universal. En esta exhortación apostólica, el Papa expone el programa de su pontificado y es nuestro propósito acompañarlo asumiendo su propuesta en nuestra Iglesia particular, como un horizonte inspirador de toda nuestra acción pastoral.

Francisco cree firmemente que la Iglesia necesita asumir e impulsar las orientaciones del Concilio y del propio documento de Aparecida, cuyas propuestas apuntan a un modo de ser Iglesia y de estar presente con la alegría del Evangelio en el mundo actual.

A lo largo de este tiempo, la Iglesia en el Paraguay ha estado en plena sintonía con Aparecida y con las diversas iniciativas que el Santo Padre ha impulsado en esta década. Es más, hubo acciones en las que nos hemos adelantado en algunas intuiciones pastorales que luego fueron impulsadas por la Santa Sede, como el tema de la familia y de la juventud.

En los últimos cuatro años, la Conferencia Episcopal Paraguaya ha declarado e impulsado un trienio dedicando una propuesta pastoral para cada año: (2020) Año de la Palabra; (2021) Año de la Eucaristía y (2022) Año del Laicado, que todavía está en marcha porque los obispos decidimos dar énfasis y profundizar en la misión del laico en la Iglesia.

La situación de pandemia (2020-2021) afectó, sin dudas, la intensidad y llegada del año de la Palabra y de la Eucaristía que, sin embargo, debe seguir encontrando eco y resonancia en el año del Laicado y en el proceso sinodal.

Mientras tanto, el Papa sugirió al CELAM impulsar una gran Asamblea Eclesial y convocó el Sínodo sobre la Sinodalidad, en coherencia con su empeño por la renovación y conversión eclesial a la luz del Concilio Vaticano II, cuya eclesiología es la de ser una Iglesia Pueblo de Dios.

2. La importancia del Concilio Vaticano II para la Iglesia

En la Iglesia en Paraguay queremos impulsar las orientaciones del Concilio Vaticano II, en estrecha comunión con el Papa Francisco y

con la firme convicción de que la providencia nos ha regalado el Pastor que la Iglesia Universal necesitaba para su renovación y conversión de modo que, como instrumento del Reino de Dios, llegue mejor con la alegría del evangelio a todos, sin exclusiones, en especial a las periferias existenciales, que esperan el anuncio de la Buena Noticia.

El Concilio define la Iglesia como Pueblo de Dios, lo que nos ayuda a comprender que la Iglesia no es una élite de sacerdotes y consagrados y que cada bautizado es un sujeto activo de la evangelización.

No se entendería el Concilio, ni el actual camino sinodal, si no se pusiera la evangelización en el centro de todo. Somos testigos pecadores del Resucitado y anunciamos al mundo -no por nuestros méritos ni por nuestras capacidades- a Aquel que venció a la muerte, a Aquel que nos salvó y que nos sigue salvando resucitando con infinita misericordia.

La gran asamblea ecuménica se inspiró en la necesidad de testimoniar y proclamar con nuevas palabras el acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesús y su presencia entre nosotros. Había un mundo que se alejaba del cristianismo y mostraba, más que aversión, indiferencia. El Concilio nació de este impulso, de esta pregunta: ¿cómo podemos hablar de Jesús a los hombres y mujeres de hoy?

Este desafío está más vigente hoy que hace seis décadas, cuando San Juan XXIII convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II. Consideramos que la espiritualidad y el carisma de la Familia de Schoenstatt son una respuesta, un camino, una propuesta para evangelizar el mundo actual.

3. Qué pueden aportar las Familias de Schoenstatt

El carisma

En el contexto previamente expuesto sobre el caminar de la Iglesia en Paraguay, en comunión con la Iglesia universal, el carisma de Schoenstatt puede aportar y contribuir significativamente a la renovación eclesial y conversión pastoral para que el Evangelio se

encarne en las realidades actuales de la Iglesia y de la sociedad nacional.

En efecto, el fundador se sintió llamado por Dios a gestar dentro de la Iglesia, en un tiempo de cambio histórico global, un nuevo tipo de hombre y de comunidad cristiana, una nueva forma de vivir el Evangelio, como respuesta a los desafíos del tiempo actual. De alguna manera, el P. Kentenich, movido por el Espíritu Santo, se adelantó a las intuiciones que posteriormente la Iglesia asumió en el Concilio Vaticano II.

Su carisma sostiene que, Cristo Jesús, el Señor de la historia, que prometió estar con su Iglesia hasta el fin de los tiempos, constantemente la acompaña con su bendición, animando su vida, su renovación y fecundidad para que sea luz y levadura del mundo.

Esta fue precisamente la inspiración de San Juan XXIII para convocar el Concilio Ecuménico Vaticano II que se constituyó en caja de resonancia de los grandes problemas e inquietudes del hombre actual. En efecto, el Concilio declaró que “el gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres de nuestros días... son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo” (Gaudium et Spes, 1).

En consecuencia, era indispensable que el Vaticano II asumiera como objetivo todas las inquietudes de la humanidad actual, que son inquietudes de la Iglesia.

La devoción mariana de nuestro pueblo, es una oportunidad para llegar a Jesús por medio de María. El P. Kentenich vivió y proclamó a María como la gran Educadora del hombre nuevo y la nueva comunidad. El cultivo de un vínculo profundo de amor afectivo y efectivo a ella es capaz de revitalizar y dinamizar eficazmente la pedagogía de la fe y la evangelización de la cultura.

El fundador de Schoenstatt formula el hilo conductor del ser y de la vida del cristiano del siguiente modo: "en Cristo Jesús, con María, por la fuerza del Espíritu Santo, hacia el Padre". Dios Padre ha trazado un plan de amor, según el cual Él conduce la historia universal, la historia de la Iglesia y nuestra historia personal.”

Esta visión trinitaria y mariana que inspira la espiritualidad schoenstatiana, conocida, sentida y vivida por cada miembro del movimiento, es una valiosa contribución para que la Iglesia en el Paraguay asuma con convicción y entusiasmo el camino sinodal que vive el Iglesia universal. La Iglesia es ante todo una comunidad de hermanos que caminan juntos en el amor a Dios y en el amor al prójimo, que es el mandamiento central de nuestra fe.

Otra contribución del carisma schoenstatiano, que enriquece a la Iglesia, es la necesidad de la coherencia entre la fe y la vida de los bautizados. Sabemos que a Schoenstatt le interesa, en primer lugar, no la proclamación de la doctrina en sí misma, sino el cómo llevar a la vida concreta, real, del día a día, las verdades de la fe.

Le importa formar "educadores educados", que, como auténticos evangelizadores, despierten y fomenten la vida, no sólo con su palabra sino con su ejemplo y, sobre todo, por la fuerza de su amor. Según el fundador de Schoenstatt, la gran tarea de la Iglesia actual se sitúa justamente en el campo de la pedagogía de la fe, es decir, en el cómo revitalizar interiormente a la Iglesia para que ésta sea alma del mundo y germen de una nueva cultura impregnada por los valores del Evangelio.

La conciencia de misión que marca el carisma y la espiritualidad schoenstatiana es, sin duda alguna, una de las mayores y valiosas contribuciones que pueden aportar a la Iglesia.

La Iglesia está para evangelizar. Su misión, su razón de ser, es llegar con la alegría del Evangelio a todos, sin exclusiones. ¿Cómo hacerlo hoy?

La Iglesia en Paraguay acompaña el proceso sinodal que vive la Iglesia Universal, con énfasis en la misión del laico. Dice el Concilio: "Los laicos están llamados particularmente a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y en las circunstancias donde ella no puede ser sal de la tierra sino por medio de ellos. Así pues, todo laico se convierte en testigo, a la vez que instrumento vivo, de la misión de la Iglesia misma." (*Lumen Gentium*, 33).

En este sentido, los obispos del Paraguay les decimos que es necesario y urgente el protagonismo de los laicos para que nuestra evangelización sea eficaz, desde un modelo de Iglesia en salida, misionera, que no teme mezclarse con el mundo para que, desde los valores del Reino, contribuya a transformar las situaciones de pecado que oprimen a nuestro pueblo: la corrupción, la inequidad, la violencia silenciosa de la pobreza que excluye y descarta a los más débiles, niños y ancianos, indígenas y campesinos, jóvenes sin oportunidades ni horizonte para sus vidas, familias desestructuradas, agresión al medio ambiente, entre otros males que padecemos en el Paraguay. En estas y otras penosas realidades son partícipes los laicos, sea por acción u omisión.

La Iglesia y el Paraguay les necesita para ser fermento en la masa, y así transformar las situaciones que claman justicia, fraternidad, solidaridad. La corrupción, la impunidad y el crimen organizado han privado a los más pequeños y vulnerables de la sociedad a vivir según su dignidad de persona humana, hecha a imagen y semejanza de Dios.

El Padre Kentenich (1885-1968) tenía una gran sensibilidad por los problemas de su época; los signos de los tiempos fueron una de las fuentes que alimentaron su obra y su vida. Desde el comienzo de su vida sacerdotal se interesó por los problemas sociales.

El fundamento principal de una Doctrina Social, en el espíritu del Padre Kentenich, reside en la dignidad del hombre. La preocupación por el hombre concreto es su gran pasión. El mismo insiste en este principio: "Si no logramos colocar en el centro de todas las reformas sociales al hombre mismo, si no alcanzamos con éxito la salvación de la dignidad del hombre y aseguramos sus derechos fundamentales, jamás superaremos las desigualdades económicas y sociales".

4. Conclusión

Les invito y les exhorto que, desde su carisma y espiritualidad, se constituyan en líderes de la necesaria revolución ética y moral que clama el Paraguay. Les llamo a ser parte de una cruzada por el saneamiento moral de la nación.

Las Familias de Schoenstatt tienen, en su carisma, las herramientas para que el saneamiento moral de la nación se asiente sobre bases sólidas. Ustedes declaran que son “una comunidad de matrimonios consagrados que aspiran a la santidad. Este llamado a la santidad se convierte en un sí a Cristo; un sí alegre y confiado que se desarrolla a través del apostolado permanente en todos los ámbitos alcanzables, abierto a los desafíos que vive la Iglesia y atento a las voces de Dios en el mundo.”

El padre Fundador les dice la clave: sabemos que podemos cumplir nuestra misión para el mundo y la Iglesia, si se renueva la célula básica de la sociedad humana, es decir, si se renueva la familia. El origen de la sociedad humana, su célula embrional, son el matrimonio y la familia. Si la raíz está sana, entonces el árbol también crecerá sano y serán también sanos sus flores y sus frutos.

La subsistencia de la Iglesia y del Estado depende de familias sanas. Si queremos educar ciudadanos sanos y virtuosos, debemos cultivar con esmero los valores humanos y cristianos en la pequeña familia, iglesia doméstica y núcleo fundamental de la sociedad.

Por ello, desde su carisma les invito a seguir trabajando para fortalecer los núcleos familiares y que sigan acogiendo y acompañando a las familias heridas; la familia es la fuente de los valores cristianos, de la fe de los hijos, promotora del bien social, defensora de la vida y cuna de vocaciones.

Estamos en el Santuario Joven de Schoenstatt. No puedo dejar de subrayar el desafío que tenemos como Iglesia de tocar la vida de los jóvenes con el Evangelio. El Paraguay es un país eminentemente joven. Sin embargo, su voz y su presencia no tienen la fuerza que necesitan para que sus problemas, sus demandas, sus esperanzas, sus anhelos, sean escuchados. El movimiento tiene muy buenos líderes jóvenes, también jóvenes profesionales, que están llamados a constituirse en discípulos misioneros de los jóvenes.

Agradezco de nuevo la oportunidad de este encuentro, y su disponibilidad apostólica para contribuir con la misión evangelizadora de la Iglesia.

Para concluir, quisiera subrayar los aportes que pueden hacer desde su carisma y espiritualidad y que hemos desarrollado en nuestra reflexión de hoy:

- 1) Gestar dentro de la Iglesia un nuevo tipo de hombre y de comunidad cristiana, una nueva forma de vivir el Evangelio como respuesta a los desafíos del tiempo actual.
- 2) El cultivo de un vínculo profundo de amor afectivo y efectivo a María, la gran educadora del hombre nuevo y la nueva comunidad, porque ella es capaz de revitalizar y dinamizar eficazmente la pedagogía de la fe y la evangelización de la cultura.
- 3) Asumir con convicción y entusiasmo el camino sinodal y la renovación eclesial como comunidad de hermanos que se aman.
- 4) Ser “educadores educados”, pedagogos de la fe que, con su testimonio de vida y su acción en el mundo, impregnen la nueva cultura con los valores del Evangelio.
- 5) La conciencia de misión. Ser discípulos misioneros de Jesucristo en el mundo, haciendo presente y operante a la Iglesia en todos los ambientes: familia, trabajo, política, economía, cultura, ciencia, entre otros. Ser sal y luz, fermento del Evangelio e instrumentos eficaces del reino Dios en la sociedad nacional.
- 6) Trabajar por la transformación de la sociedad colocando en el centro la dignidad de la persona humana y el respeto a sus derechos humanos fundamentales. Escuchar el clamor de los pobres y ser instrumentos de su promoción humana y de su liberación.
- 7) Cumplir la misión poniendo todo su empeño en cuidar la integridad de las familias, cuna de la vida, de la fe, de los valores humanos y cristianos, que permitirán tener ciudadanos sanos y virtuosos, que harán posible la patria que soñamos, el Paraguay que queremos y necesitamos.
- 8) Por medio de sus líderes juveniles y profesionales, llegar con la alegría del Evangelio a los jóvenes, sobre todo a aquellos que viven en las periferias existenciales.

Pidamos a María, portadora de Cristo a los hombres, la compañera y colaboradora de Cristo, el Redentor, la gracia de asemejarnos a Ella.

Asunción, 31 de marzo de 2023.

+ Adalberto Cardenal Martínez Flores
Arzobispo de la Santísima Asunción
Presidente de la Conferencia Episcopal Paraguaya